
SEMANARIO

DE ZARAGOZA

Del Lunes 20 de Agosto
de 1798.

HUMANIDADES.

SEÑOR EDITOR.

Muy Señor mio: Siempre me han causado la mayor admiracion; y han sido para mí la prueba mas convincente de la poquedad del entendimiento humano las contrariedades que se encuentran en las opiniones de los hombres en órden á la felicidad. Todos nuestros conatos, y nuestras miras todas se dirigen á conseguir miéntras vivimos una suerte exênta de disgustos y desazones: este ha sido el blanco á que se han asestado los discursos de tantos filósofos que consumieron toda su vida en indagar la naturaleza del corazon humano; de suerte, que se puede con toda verdad asegurar, que no ha habido entre la multitud incompréhensible de obgetos que han empeñado el estudio de ellos, ninguno que haya sido tratado, ni con mas empeño, ni con mas universalidad. Pero al mismo tiempo ¡qué diversidad de opiniones! ¡qué varias, y qué encontradas éntre sí! qué diferencia tan asom-



brosa, no se encuentra entre el principio de los Estoicos, que querian prescindir enteramente del cuerpo, y el de los Epicúreos, que no atendian sino es á él.

Podráse enhorabuena vér en esta multitud de opiniones encontradas entre sí principios mas ó menos conformes á la razon, y que podrán por consiguiente contribuir mas ó menos á procurarnos alguna parte de felicidad: pero el gran documento que en mi concepto debe sacarse de aquí es, que al hombre le es imposible vivir feliz en este mundo.

Quiso éste indagar la estructura del Universo, y averiguar las leyes con que el Supremo Hacedor habia querido formarlo: erró mucho tiempo; vaciló incierto entre diversos sistemas; pero al cabo se fixó la verdad, y si no se ha atinado con ella es preciso convenir en que se han establecido principios que deben necesariamente producir los efectos que se deseaban explicar; y en tal caso ¡quanto mas no debemos admirar el poder del entendimiento humano!

Igual ha sido la suerte de los demas obgetos que quiso explicar. La naturaleza de las plantas, la de las piedras, la de los animales; en una palabra las propiedades de todos los obgetos naturales se han hecho familiares al hombre: solo no ha podido éste averiguar lo que mas le importaba, y lo que con mas empeño ha buscado, es á saber el medio de vivir feliz.

Es preciso, pues, convenir en que el hombre por una ley invariable de la naturaleza ha de verse siempre cercado de disgustos, y de pesares, que lo acompañarán necesariamente en todos los estados, y en todas las edades de la vida: de suerte que nuestro estudio en la adquisicion de la

felicidad no debe ser otro que el de disminuir nuestros males.

Este en mi concepto es el medio mas seguro de adquirir la que malamente llamamos felicidad, y que no es, ni puede ser otra cosa que una infelicidad negativa....

Pero insensiblemente, y sin querer me he empeñado en un asunto que pedia un largo discurso, y conocimientos superiores á los míos, quando mi intento solo era apuntar brevemente la diversidad de opiniones que hay sobre la felicidad para que sirviese de luz á ese Diálogo de Mr. de Fontenelle, cuya traduccion dirijo á V. para que se sirva darle lugar en su Periódico.

Me parece, pues, que para esto es ya sobrado lo que llevo dicho. La opinion que en él verá V. que sigue Riccio es enteramente opuesta á la del otro interlocutor; y entrámbas en mi concepto impracticables, y quiméricas; porque las dos tocan en los extremos opuestos en una materia en que si hay un camino seguro, es sin disputa el del centro.

No puedo persuadirme que sin un auxilio especial del Cielo pueda un hombre prescindir de su cuerpo; y el que decia, quando lo undian á golpes, golpeadme el cuerpo, pero no me golpeareis á mí, porque yo soy impasible, fué segun mi dictámen un loco que quiso aparentar que era insensible por sistema.

Por el contrario convendré siempre en que nuestro entendimiento puede disminuir nuestras penas, y si es verdad como dice Maria Stuart en el Diálogo que remito á V. que la felicidad que nace del entendimiento es débil, y semejante á la salud que es hija de las continuas medicinas; tambien lo es que vale mas gozar de una salud débil que no morirse.

B. L. M. de V. = F. G. =

TRADUCCION

de un Diálogo de Mr. de Fontenelle,

MARÍA STUART, DAVIC RICCIO. (*)

DAVIC RICCIO.

No jamás me podré consolar de mi muerte.

MARÍA STUART.

Pues bien me parece á mi que para un Músico fué bastante gloriosa: porque fué preciso que los principales Caballeros de la Corte de Escocia, y aun el mismo Rey mi marido conspirasen contra tí; y ni jamas se tomaron mas pasos, ni se hicieron mas gestiones para quitar la vida á un Príncipe.

DAVIC RICCIO.

Una muerte tan pomposa no era propia de un miserable flautista á quién la miseria, y la pobreza hizo ir desde Italia á Escocia. Mucho mejor hubiese sido el que me hubierais dejado pasar dulcemente mi vida haciéndoos música que no el haberme elevado á la clase de Ministro de Estado, lo que sin duda ninguna abrevió mis dias.

(*) Músico Italiano, que no encontrando medios de subsistir en su Patria, se estableció en Inglaterra, en donde su habilidad en la Música le grangeó en tanto grado la gracia de la Reyna, que fué elevado á Ministro de Estado: pero esto mismo le grangeó la muerte, porque sus émulos hallaron medios de persuadir al Soberano que era digno de muerte.

MARÍA STUART.

No hubiera creído jamas que te mostrases tan poco agradecido á las gracias y favores que te hice. Era por ventura pequeña distincion la que hacia contigo en recibirte á tí solo todos los dias á mi mesa? Créeme Riccio un favor de esta naturaleza no perjudicaba en nada á tu reputacion.

DAVIC RICCIO.

No lo sé ; lo que si sé es que por haberlo recibido tantas veces me fué preciso morir. ¡Ah comiendo estaba solo en tu compañía como tenia de costumbre, quando ví entrar al Rey acompañando del que habia sido elegido para ser uno de mis asesinos, porque era el Escoces mas feroz que habia existido á quien además hacia todavía mas espantable unas tercianas que estaba padeciendo. Yo no sé si me dió golpe alguno, solo sé en quanto hago ahora memoria, que me morí del solo espanto que me causó su vista.

MARÍA STUART.

Tanto honré tu memoria , que te hice enterrar en el sepulcro de los Reyes de Escocia.

DAVIC RICCIO.

¡Que! enterrado estoy en el sepulcro de los Reyes de Escocia?

MARÍA STUART.

Ya se ve que si.

DAVIC RICCIO.

Tan poca sensacion me ha hecho el bien que esto me ha causado como, que esta que me das aho-

ra es la primera noticia que tengo de ello. ¡Ah mi querida flauta! es posible que te haya yo dejado por meterme á gobernar un Reyno.

MARÍA STUART.

¿Qué te quejas? Considera quanto mas infeliz que no la tuya ha sido mi muerte.

DAVIC RICCIO.

Ó tu habias nacido en una clase sujeta á grandes reveses; pero yo habia nacido para morir en mi cama. La naturaleza me habia colocado en la mejor situacion posible para esto; porque me habia negado bienes, y me habia dado un nacimiento obscuro, una mediana voz, y talento para tocar la flauta.

MARÍA STUART.

No sabes pensar sino es en tu flauta. Es verdad tuviste un instante fatal; mas ántes de este cuántos dias agradables no tuviste! ¿Qué hubieras hecho si hubieras sido solamente un músico? Bien pronto, sin duda ninguna te hubieses fastidiado de vivir en un estado de tanta medianía.

DAVIC RICCIO.

No lo creas, porque hubiese buscado en mí mismo mi felicidad.

MARÍA STUART.

Anda que eres un loco. Desde que te has muer-

to te has hechado á perder con reflexiones hijas de la ociosidad, ó con el trato que has tenido con los Filósofos que hay aquí. Son por ventura los hombres capaces de encontrar en sí mismos la felicidad?

DAVIC RICCIO.

No les falta para conseguirlo más el quererelo persuadir. Un Poeta (1) de mi tierra ha pintado un Castillo encantado en el que varios amantes de entrambos sexos se andan buscando sin cesar con mil ansias é inquietudes, se encuentran, y no se conocen jamás. En la felicidad de los hombres hay un encanto de la misma especie; existe éste en sus propios pensamientos, pero no lo saben; y así á pesar de que se presenta mil veces á sus ojos, van siempre á buscarlo muy léjos de sí.

MARÍA STUAR.

Déjate de gerigonzas y quimeras filosóficas. ¿Querás persuadirme que quando nada contribuye á hacernos felices hemos de tener humor para afanarnos en serlo por medio de nuestra razon?

DAVIC RICCIO.

A lo ménos bien merece la felicidad, que nos tomemos este trabajo por conseguirla.

MARÍA STUART.

Sería inútil el tomarlo, porque jamas la felic-

(1) El Ariosto.

dad se acomodaría con él; dejamos de ser felices luego que experimentamos algun esfuerzo para serlo. ¿Si alguno sintiese que las partes de su cuerpo trabajaban para mantenerse en salud, crees tú que estaría bueno? yo creo que estaría enfermo. La felicidad es lo mismo que la salud, que es preciso que existan dentro del hombre, sin que el hombre las coloque allí; y si acaso hay alguna felicidad que sea hija de la razon se asemejará á aquellas saludes que solo se sostienen á fuerza de remedios, y que siempre son muy débiles, y poco duraderas.

—F. G.—

POESÍA.

Epigrama.

Ayer estando bordando
Catalina me decia,
Que el casarse aborrecias;
Y viendo, que yo dudando
La miraba y me reia,
Es tan cierto, como que
Tengo esta aguja añadió;
Y al decirlo aconteció,
(Yo no sé como ello fué)
Que la aguja se cayó.

M.



CON REAL PRIVILEGIO

EN LA OFICINA DE MEDARDO HERAS

dónde se hallará.